

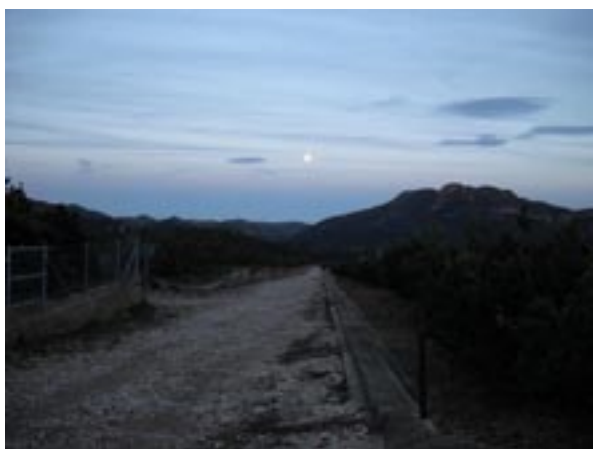


FÉLIX EL GATO Y LA “ASTROLOGÍA”

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

La Luna llena provoca en nosotros un sinfín de emociones. Se dice (quizá sea cierto, o quizá sólo una paparruchada...) que con ella en el cielo se cometen más asesinatos y actos agresivos.



La Luna llena asoma desde el Plà de Lloret, Marxuquera (Foto del autor)

La Luna llena provoca en nosotros un sinfín de emociones. Se dice (quizá sea cierto, o quizá sólo una paparruchada...) que con ella en el cielo se cometen más asesinatos y actos agresivos. En esto confieso mi ignorancia, pero supongo que, si no enfado o cólera, al menos la tez redonda de nuestra compañera a veces sí puede causar un momentáneo lapso de desatino, una cierta imbecilidad transitoria, un instante de tontorróna ceguera en nuestras facultades cognitivas. Porque yo no encuentro, para lo que pasó, otra explicación que suponer que fue la Luna llena la causante del disparate que comentaré a continuación. Ocurrió de día, pero doy por hecho que los efectos lunares son los mismos para nuestra psique.

Tuvo lugar hace mucho tiempo: allá por 1995, creo. Yo estaba en plena adolescencia, con la cara punteada por repugnantes granos y con la misión de aprobar todas

las asignaturas de aquel 1º de BUP en el *Ausiàs March*, de Gandía; no en vano repetía curso... siempre he sido un estudiante espantoso. Una de las clases que más me gustaba era la de Ciencias Naturales, que impartía el reputado y respetado Josep María Ferrairó, uno de los mejores maestros (él merece esta calificación; otros son solamente profesores...) que he tenido nunca.

El caso es que Ferrairó estuvo unas semanas de baja debido a una operación en su rodilla, si mal no recuerdo. Y, para suplirle, trajeron a un gato... Se llamaba Félix (cómo, si no...), y tenía un rostro totalmente gatuno: ojos pequeños y redondos, pelo muy espeso y abundante (sólo en su cabeza, por suerte), una nariz que parecía siempre húmeda (no paraba de sonarse, el pobre...), una boca apenas distinguible con un par de finos labios, y un mostacho del que sobresalían algunos pelillos en varias direcciones... sí, o sea, como un gato.

Desde el principio Félix no me convenció demasiado, y creo que tampoco a los demás compañeros. La figura de Ferrairó era inmensa (y no lo digo por la complejidad...), y sustituirle se antojaba tarea casi imposible. Cuando escuchas a un maestro exponer, con pasión y dedicación, los saberes que ha alcanzado la humanidad, divulgando con destreza sus entresijos más complejos y estimulando la imaginación de jovencitos con descripciones del interior de una célula, la formación de los continentes, el origen del Universo, la evolución de nuestra especie, etc., los que vengan detrás tienen que ser muy buenos, fabulosos, para hacernos

olvidar a su predecesor.

Félix, desde luego, no lo consiguió. No obstante, como seguramente se había preparado a conciencia su primera lección, quiso hacer una introducción general acerca de la ciencia, su método y las distintas ramas o disciplinas que la integran. Tenía un discurso, lo recuerdo muy bien, bastante cargado: empleaba palabras técnicas (supongo que para que viéramos cuánto sabía de lo suyo...), largas frases que hilvanaba lentamente (a veces las dejaba a medias, deteniéndose un instante para hallar la expresión más grandilocuente, y proseguir entonces cómo si hubiese logrado un gran éxito...), y trataba de que su alocución terminara siempre con una coda solemne, del tipo: *“El Universo morirá con una gran explosión, o con la expansión indefinida: en cualquier caso, morirá, y con él, todo lo que contiene”*.

Yo podía soportar todo esto: su aspecto, su fisonomía poco agraciada (o sea, era feo, las cosas como son...), su afectada oratoria, la extraña sensación de que quería demostrar demasiado... Así que me repantigué en mi incómodo asiento y esperé. Desgraciadamente, no tardó en meter la pata, y a partir de entonces, nunca más pude tomarle en serio. ¿Por qué? Porque me di cuenta, yo, un repetidor, un fracaso académico, que aún así sabía, al menos, una cosa más que él (podía estudiar poco, pero dedicaba mi asignación semanal a conseguir los fascículos de *“Astronomía”* de Orbis Fabbri, que habían salido a la venta no hacía mucho, y cuyas páginas sí “estudiaba” con avidez...).

Félix se cubrió de gloria, aquella mañana de octubre de 1995, cuando más o menos soltó lo siguiente: *“Las ciencias se denominan según el ámbito que estudian, y todas, excepto un par de ellas, poseen el sufijo ‘logía’ que las identifica como tales”*. Hasta ahí todo bien. *“Las excepciones”*, prosiguió el Gato, *“son las Matemáticas y la Física-Química”* (las mentó así, juntas, como si formasen una sola disciplina...). Me quedé algo incómodo, porque había aún otro caso (todos sabemos cuál es, ¿verdad?), pero esperé paciente la enmienda del olvido. Mas no llegó. *“El resto sigue el esquema: Biología, Geología, Antropología, Sociología, Paleontología...”*. Entonces quedó en suspenso, y yo creí que rastreaba el depósito de esas fórmulas ampulosas suyas para

concluir con todo el relumbrón que la ocasión merecía; pero no, me equivoqué. De repente, sus ojillos brillaron como si hubiesen recordado una de las grandes verdades reveladas, y espetó a la bostezante audiencia: *“¡Ah!, y por supuesto, ¡la Astrología!”*.

¡¡Aghh!! ¡¡Horror!! Creo que dije algo (quizá *“Nooo, joder”*, o *“Ala, ja l’ha cagat!”*, o Dios sabe qué...) mascullando entre dientes, y no entiendo cómo no me abalancé sobre él y le abofeteé esa cara felina, reprochándole su torpeza y el flaco favor que hacía para la correcta denominación de las ciencias. Pude haberle rectificado allí mismo, y le habría dejado en ridículo... Pero me reprimí. Sentí algo de lástima, la verdad, y supuse que mis compañeros de clase no habían prestado demasiada atención al gazapo. Imagino la cara que habría puesto Ferrairó, de estar presente y oír semejante despropósito...

Si hay algo grave en esta anécdota (todos las tenemos de parecidas, ¿a que sí?) es que se trataba de un profesor de Ciencias Naturales, quien supuestamente era experto o gran conocedor de su materia de enseñanza. ¿Qué podía esperar de sus alumnos si él mismo presentaba unas carencias tan lamentables en la docencia de su asignatura? Aquello no era un “error” o un desliz; era, simplemente, no tener ni idea de la nomenclatura científica, algo demasiado grave, en efecto, como para poder olvidarlo con facilidad...

Ignoro que fue de Félix. Tras “diplomarse” con honores en nuestra clase, unos diez días después Ferrairó regresó al lugar en el que tanto se le echaba de menos, y el Gato desapareció, para nunca más volver a saber de él. Espero que fuera pronto consciente de su pifia y no confundiera a demasiados alumnos hasta entonces...

No deseo buscar otra explicación: para mí todo se debió a la Luna llena, sin más.

Y, con ello, de momento duermo tranquilo...